



CARACOLES

Dedico esta libro a Ana, porque me ha hecho mejor, por todos estos años a mi lado y porque me ha regalado tres preciosos niños y tres perros.

German

Caracoles

Capítulo 1: la cena

El jardín está encharcado y los tiestos de la terraza rebosan agua. Lluve a cántaros. Un día tras otro. Después de tantos días de agua las escaleras que dan al jardín tienen un color pardo, están resbaladizas.

Solo veo televisión y ojeo libros, pero pocos. Me aburren tanto como la tele.

Pero ver la tele cuesta menos trabajo, por eso la prefiero. Me estoy embruteciendo.

Abro el frigorífico para ver que hago de cena. Me da una pereza horrible pero como todo en esta vida, es cuestión de actitud. Me repongo y decido hacerme una fiesta. ¿Qué tengo a tiro? Pan, pimientos verdes, un entrecote, latas y botes de todo tipo (alcachofas, guisantes, espárragos, garbanzos, etc.), chorizo de cocinar, acelgas, dos puerros, media lechuga, tres tomates de aspecto dudoso, patatas, cebolla, ajo y foie del bueno. No lo dudo: hoy tocan garbanzos con acelgas. ¡Viva Cádiz! Además con los garbanzos de bote esto se hace en media hora.

Lo celebro abriendo una botella de Rioja. Hay que cocer las acelgas, sofreír ajo y cebolla. Sin nervios y con paciencia. La cocina es cariño, pero sobre todo paciencia. Un poco de tomate, que la cebolla ya está blanda. O sea, esto ya está en marcha, primer sorbo al Remelluri. Mientras cocino y para pasar el vino, foie con pan recién tostado.

Añado el pimentón y el pan al sofrito y lo majo con la “machacaera”. Necesito energía después de tanto trabajo. Más vino. Cae la primera copa.

Lo mezclo todo en la cazuela, las acelgas ya cocidas, los garbanzos y el majado, con un poco del agua de la cocción de las acelgas. Quince minutos extra cociendo, y a comer. Me merezco un premio: foie y más vino. Como siempre se me olvidaba algo: la sal y un poco de chorizo.

Después de la primera copa de vino me encuentro mucho mejor. Es la mejor droga que conozco: diluye los problemas, relaja, es hipnótico, enaltece la amistad: ¿quién da más por menos?

La cena está lista. Me pongo a cenar delante de la tele: hay una jauría de perros salvajes comiéndose un bicho con cuernos. Tienen la cara manchada de sangre, pero lo peor de todo es que el cornudo está todavía vivo. Los felinos como los leones matan a la presa primero pero estos cánidos no. En cierto modo me inspiran. Estamos todos cenando a la vez.

Me inspiran, digo: vuelvo a pensar en lo de ser bruto. El alcohol embrutece, dicen.

Por cierto, qué es eso de embrutecer?

Se dice que el caballo es un noble bruto, o sea que no debe ser tan malo. Será quizás no tener educación o no “saber estar”? Eso tiene mucho de normas y falsedad: sonrisas vacuas, obligadas. Como decía un amigo mío, hay gente que con el carrito de la compra te da adrede

en el tobillo para que te apartes y luego dicen “!Ah, lo siento!” con su mejor expresión entre sorprendida y compungida.

Será entonces bruto el que dice lo que piensa sin más?

Pero siempre que oigo que alguien “está embrutecido” tiene sentido negativo. No cojo el concepto.

Miro la botella y está media llena.... Bueno, mañana es Sábado, me sirvo la tercera y última copa gluglугlú... ¡Ahh!

Mientras medito tan profundamente entre copa y copa o entre garbanzo y garbanzo ha salido el sol. Irrumpe con la fuerza de un jovenzuelo enjaulado, encerrado por las nubes grises que día tras día lo escondían. Bajo al jardín con la perra.

Capítulo dos: el jardín

Me reciben los dos limoneros, el rosal, y un sinfín de tiestos y plantas que no sé y nunca sabré qué son. El césped está perfecto. Mullido, con mis pisadas suda agua. Tengo los náuticos empapados. Huele a humedad y hierba.

Veo asomarse al protagonista de este cuento. ¡Son dos! Me los puedo comer, incluso (me pregunto: ¿estoy embrutecido por pensar en comérmelos?).

Tienen cuernecitos, son blanditos, algo asquerositos. Dejan una baba blancuzca tras de sí. ¿Aún no sabes lo que son? CARACOLE. Podía haber dicho lo de la casa a cuestas, pero era muy evidente.

Vamos a ponerles nombres, digo en voz alta. Tengo la voz rara: se me nota el vino al hablar.

Yo soy Pedro, me dice el primer caracol, de casa oscura y algo mayor que el segundo.

¿Y por qué? Respondo resueltamente, con cierto desparpajo, como aquel que está acostumbrado a charlar con caracoles.

Pedro quiere decir Piedra, y yo soy fuerte como tal.

Visto que puedo mantener una conversación con un caracol lo intento con el segundo. Nunca se sabe. Igual hay una epidemia en mi jardín.

¿Y tú? Digo.

Siempre me han gustado los nombres compuestos, dice. Mientras me habla, empieza a mover sus largos tentáculos: vaya, me está mirando fijamente a los ojos, con un punto desafiante, la barbilla algo levantada.

Soy UsainBol, me larga sin pestañear, bueno, sin mover los tentáculos. Vaya con el pequeño, sí que tiene sentido del humor.

Me parece un nombre estupendo, le digo (siempre me gustó la ironía). *¿Eres rápido, UsainBol? Cuando cojo velocidad los cuernos se me doblan para atrás, me tiemblan los mofletes, levanto polvo de la tierra, y las plantas...* A estas alturas las risas de Pedro se escuchaban por todo el jardín.

Esta anocheciendo. Creo que tanto ver el Canal National Geographic me hace tener alucinaciones. O puede ser el vino al que me he aficionado con la edad. Miro para el cielo y no, no hay un platillo volante. No son extraterrestres con forma de caracol. No hay nadie alrededor, tampoco. No es una broma de cámara oculta.

¿Será una alucinación? Me acerco a Pedro y le empujo con el dedo para ver si es real. El vino me hace pensar lentamente, estoy entre divertido y alucinado. Pedro se esconde dentro de la concha, protestando: ¡*Bruto!* Me dice gritando. Otra vez, bruto.

Mi perra no dice nada. Menos mal.

Capítulo tercero: la noche

A estas alturas de la tarde, casi noche, tengo que decidir qué hago con los dos caracoles. Todavía me los puedo comer (con ajo, perejil y mantequilla, como los franceses) pero tendría que coger unos cuantos más. Decido meterlos en una caja con algo de hierba y lechuga. Sé que son vegetarianos.

Dejo la caja cerca de mí mientras veo la tele. Qué suerte! Una comedia romántica: “Sabrina” con Bogart, William Holden y Audrey Hepburn. La historia es deliciosa. La hija del chófer se enamora del hijo menor de la familia, pero al final acaba casándose con el mayor, un seco Bogart.

Cuando la película está en lo mejor (escena en donde Bogart decide ir a París detrás de Audrey) veo a UsainBol saliendo de la caja. Tiene un aspecto extraño. Tiene como con dos bracitos. Levanta con ellos su cuerpo blando y pegajoso, dejando asomar cuatro pequeñas patitas. Le veo corretear por la sala, zigzagueando como un ratón. Le persigue Pedro, gritándole algo que no entiendo. De hecho les veo como en cámara lenta. Al pasar junto a mí se detienen y me miran fijamente. De repente empiezan a crecer. Al poco son del tamaño de un ratón, luego de un gato. Me siguen mirando y ahora distingo perfectamente sus ojos. Siento miedo. Me miran de forma extraña, como si estuvieran pensando qué hacer conmigo. Uno sonrío y veo sus dientes, aserrados, como los de un tiburón; murmuran entre sí e intercambian miradas cómplices. Esto no me gusta nada.

Son ya de mi tamaño, gigantes, babosos, blandos... Pedro me agarra con su manita y me muerde el brazo lentamente. Me saborea. Sangro. Su cuerpo se pega al mío, su baba es puro pegamento. Me impide moverme, me intento separar y no puedo. Usainbol se acerca y me come, veo como me están comiendo, vivo....

Me incorporo como si me hubiesen pinchado. Estoy sudoroso, casi temblando. Me miro el brazo pero no estoy sangrando.

Miro dentro de la caja y allí están los dos caracoles. Ni me miran ni me hablan.

El cielo tiene ese color azul ceniza, mezcla de nubes, humedad y los primeros rayos de luz. Me restriego los ojos con la mano como si quisiera borrar la pesadilla de mi mente. Imposible.

Miro otra vez a la caja de caracoles. Me dan un poco de miedo. Diría que me están mirando, los dos: *¿qué hay de nuevo, viejo?* Dice UsainBol. Pongo la tapa a la caja con precipitación mientras ellos despotrican: *¡que no veo! ¡No seas sieso, que nos ahogas!* Y yo juro en hebreo. Por cierto, esa expresión viene de cuando los judíos se convirtieron al cristianismo por obra y gracia de los Reyes Católicos, o conversos o expulsados. Además, ¿alguno de Uds. conoce algún juramento en hebreo?

Mi perra gruñe. No le gusta ni lo que ve ni lo que oye. No entiende nada, pero le resulta extraño tanto parloteo. Debe pensar que estoy loco por hablar con caracoles. Me pongo la tele para no pensar. Mientras, el día avanza.

Capítulo cuarto: el desayuno

La luz entra con fuerza por la ventana de la cocina. Me deslumbra. Mientras pienso en el primer café la perra me espera en la puerta y el gato se restriega entre mis piernas para que le ponga la comida.

El café tendrá que esperar.

Pongo el contenido de la lata en el comedero del gato y bajo con Nana.

Como siempre, al cabo de un rato el riego automático se pone en marcha y tenemos que salir corriendo.

Justo antes de salir del jardín veo otro caracol, grande, con los cuatro cuernos bien tiesos. Esta encima del seto al lado de la puerta. No me atrevo ni a mirarlo pero....

¿Dónde están mis colegas?

Otra vez. Un caracol parlanchín. Me hago el sueco. *¡Eh tío! No te hagas el sueco*, dice. Me giro y le miro fijamente a los ojos: *¿Qué quieres?*

¿Dónde están Pedro y UsainBol? ¿No serás tan bruto como para habértelos comido?

Menuda pesadilla. Y otra vez me llaman bruto. Miro a Nana por si se le ocurre decir algo, pero tiene cara de asombro. Sus ojos negros me miran como esperando que conteste. Y me guiña un ojo. No puede ser. Tengo alucinaciones.

No es bruto, solo le gusta el vino un poco más dela cuenta, dice Nana. Me largo sin mirar atrás. Nana me sigue. Sin rechistar (pienso). Me estoy volviendo loco (¿y bruto?).

Algo mojados llegamos a la cocina. A ver si ahora desayuno. Verdaderamente necesito el café. Tostadas, mantequilla y café con un poco de leche.

Ya delante de la tele escucho golpecitos en la caja de cartón donde están los caracoles. No importa. No existen, los caracoles no hablan, y lo de mi perra fue un bicho que se le metió en el ojo y mi propia imaginación y pensamiento.

Veo la tele pero no entiendo lo que dicen. Es como estar delante de alguien, sin ver ni oír, mientras te habla. Tengo la cabeza en otro mundo. Me concentro. Hay una periodista muy mona, con ese punto de agresividad que gusta ahora a las cadenas de TV. Las preguntas son incisivas, y las respuestas alucinantes: el político de turno le da unas largas cambiadas que ni El Viti. Ella se revuelve, intenta rematar en el bulto, pero nada. El señor de corbata y gemelos, afable, comprensivo pero a la vez determinado y seguro de sí mismo, le hace toda la seria de suertes: verónicas, medias verónicas, gaoneras y chicuelinas y al final se le pone a porta gayola. Ella ve la luz al fondo del túnel. Sale de toriles como una miura, francamente cabreada de ver como se le escapa vivo. Espectacular. El ministro se parte de risa, casi. La muchacha ha perdido los nervios y no hace más que repreguntar sobre unos regalos recibidos hace más de 10 años. Al final él le pregunta si a ella no le han hecho nunca regalos. Que le daría mucha pena si eso fuera así. Apago la tele. Y ahora qué?

Capítulo quinto: Un largo paseo

Son las ocho y media de la mañana y el sol está bien arriba. *Apaga la tele, recoge el desayuno y vámonos a la playa. Seguro que hay algún coleguita por allí.* Nana me ha leído el pensamiento.

La miro. ¿Me ha hablado de verdad? Esta masticando una piel con forma de hueso, totalmente concentrada, con los ojos medio cerrados, agarrándola entre sus patas de delante.

Tiene razón. Lo mejor que puedo hacer es ir a tomar el aire. *Si coño, que me estoy cagando; no me ha dado tiempo por culpa del aspersor.*

Me quedo mirándola, pero no me atrevo a pensar: me lee el pensamiento.

Meto a la perra en el coche y nos vamos a la playa. Aparco cerca de un viejo olivo; no se quien lo puso ahí, pero fue un acierto. Lo veo casi todos los días, seco, retorcido. Las raíces sobresalen del suelo, grises y negras. Cerca, hay unas cuantas palmeras arqueadas por el viento, siempre del Norte. Muchas veces pienso en los árboles y como su apariencia y comportamiento son equivalentes a los de las personas: rectos como los olmos, acogedores como el sauce, generosos como los frutales, retorcidos como el olivo o flexibles como las palmeras. Y los que directamente hacen daño como el cactus.

Déjate de rollos y vamos a la playa. Cada día estás más raro.

Obedezco a Nana y bajamos. Hace frío y casi no hay nadie. Unos cuantos haciendo surf, gaviotas y un par de perros a lo lejos. La marea esta baja. Nana sale detrás de las gaviotas, como siempre, para nada. De hecho parece que lo hace por obligación. No pone mucho interés.

Voy caminando por la orilla, observo las conchas y cantos que la marea ha ido depositando, de vez en cuando aparece un hueso de choco y poca basura. Es una playa limpia. Nos cruzamos con un pastor alemán, algo tontorrón como casi todos los perros de raza, que no hace caso a mi perra. Solo le interesa la pelota de su amo: y su amo está hasta las narices de tirar la pelota. Llego hasta el castillo y no me decido a seguir caminando: sigue haciendo frío y está levantándose más viento. Las olas rompen con fuerza, hacen ruido: rugen diría yo.

Tengo que decidir: *que hago Nana?* Pregunto.

Eres un inútil. Cada vez que hay que decidir buscas a alguien que lo haga por ti para luego echarle la culpa si sale mal. Pues vamos a seguir caminando, hasta que acabe el paseo. Vale?

Subo hacia el paseo que corre al lado de la playa y camino lentamente. El camino se estrecha y cada vez hay más gente. Hay dos categorías de paseantes: los que han pasado y los que no han pasado por el Decatlón. Si son como yo, pasean, corren o andan en bici con un vestuario algo demodé, sin conjuntar. Camisetas viejas, con logos antiguos de Pepsi o Nike, pantalones de chándal viejos, o incluso vaqueros o de pana, o pantalones de deporte de algún equipo de fútbol o baloncesto, según el deporte que practicasen hace 20 años. Los otros, van de negro

con alguna franja de color fosforescente, ropa totalmente ajustada, bicis inmaculadas, zapatillas de marca, algún aparatejo para medir el pulso o la distancia recorrida y, entre los ciclistas, casco ergonómico aunque no pasen de los 15 km/h y en el camino el mayor peligro sea mi perra, cuando se para en medio y no se aparta. Ellas, escote generoso. Que no falte.

Mi perra Nana cuando era joven se acercaba a todo el mundo; dado su tamaño intimidaba, aunque la mayoría simplemente “pasaban” de ella. He podido corregir esa mala costumbre, aunque cada vez que ve un perro tiene que saludarle. Me gusta mi perra: es obediente, sabe lo que se espera de ella pero ni siempre hace lo que debe. Parece que incluso decide.

Pues claro que decido. De verdad no te has dado cuenta que todo lo que hago es para que te creas que me has adiestrado bien? Para que estés contento? Para que te creas que alguien te hace caso?

Empiezo a hablar solo: *Resulta algo triste lo que me dices, pero, si, parece que tienes razón..... Entonces lo que haces mal también es adrede?*

Una mujer pasaba en ese momento a mi lado. Me mira de reojo.

Sigo hablando. *Nana, de verdad tienes capacidad de raciocinio? Entiendes conceptos abstractos como cariño, obediencia o temor?*

Detrás de mí se ha parado la mujer. Me doy la vuelta y la miro. Me sonrío de forma enigmática. Es atractiva, con esa mirada de saber lo que se hace y saber lo que quiere. No se equivoque lector: no soy optimista ni pretencioso. Yo no puedo ser algo que ella pueda desear. No estoy loco.

Como se llama? – dice mirando a la perra.

Nana. Es una pastor de Brie. Pienso que es una mujer preciosa. Ojos grandes, sonrisa brillante y con todo lo que tiene que tener. Debe rondar los cuarenta.

Ah! Conozco la raza pero es muy raro ver algún ejemplar. Tengo entendido que son muy inteligentes, pero algo cabezones.

Cierto, contesto. Estoy cortado. Hay que ver, cincuenta tacos y sigo siendo un capullo.

Hola, encantada de conocerte. Veo que mi dueño sigue siendo un bruto y no sabe tratar a las mujeres. Cuál es tu nombre querida?

Hola Nana. Encantada. Soy Ana. Veo que habláis los dos español? De donde sois? Yo soy de Cádiz.

Hola, Ana querida. Yo soy de Carataunas, un pueblo perdido en Sierra Nevada y este pasmarote mudo es vasco. Vas hacia el parking del principio de la playa?

Si, hacia allí me dirigía. Vamos juntas?

Vale- intervengo. Soy un dechado de locuacidad y un ocurrente. Intento encontrar una frase inteligente y lo que me sale es:

Yo hice la mili en Cádiz hace 25 años.

Le cuento mi aburrida historia en Cádiz, de Puntales a un piso alquilado, a la playa, y vuelta al barco. Nada emocionante.

Ella me habla de su familia, me cuenta que es soltera, de su vida actual y de su ciudad y sus encantos (mientras de reojo miro los suyos, incluso creo que me cazó mirando donde no debía). Habla con gracia, sin reparos. Yo me limito a asentir y emitir sonidos. No es nada pretenciosa y desde luego no ha pasado por el Decatlón, ni falta que le hace. Viste con una camiseta estrecha (muy estrecha), un pantalón de chándal y unos tenis blancos. Perfecto.

Veo que llegamos al parking. El paseo de cerca de 40 minutos se me ha hecho corto, muy corto. Y ahora qué?, pienso. Que le digo? Nana interviene muy oportunamente:

Ana querida, que tal un café portugués en mi casa? Mi amo tiene una Nespresso que hace un café estupendo. Además no hay peligro de que lo estropee. La máquina es automática.

Ana sonríe. Su sonrisa me hace babear y comportarme como un crío. *Vale, dice, os sigo en mi coche que está ahí al lado. Es un Nissan Qasqai.*

Capítulo sexto: en el coche

Después de ayudar a subir al coche a Nana (es floja y tengo que cogerla por las patas traseras para ayudarla) empieza una bronca descomunal: lo más suave que me dice es calzonazos.

Voy despacio, escuchando a mi perra en silencio. Nana me pregunta, con razón, si ve normal que ella hable y que Ana ni siquiera pestañee. *Eso es un tema de conversación y no la mili, ¡pazguato!* Me suelta con desprecio. *Y vete más despacio que la vas a perder. Para una vez que encuentras a alguien interesante eres capaz de despistarlo por conducir como un zombie; ¿quieres poner atención en lo que haces?*

Torrrrrpe, que torpe eres, ¡Dios mío! Déjale el sitio fácil para aparcar, burro.

Llego sudando y nervioso. *Ábrele la puerta de su coche. ¿Ni eso, hijo?*

Capítulo séptimo: un café

Le enseño primero mi jardín que aún sigue húmedo. No veo caracoles por los alrededores.

Ella empieza a nombrar las plantas y se admira de lo bien que lo tengo. Me callo cobardemente que hay un jardinero que viene de vez en cuando.

Ana está un tanto alejada; mi perra me espeta: *Cobarde. Di la verdad siempre. No le dejes creer que cuidas el jardín. Y estate pegado a ella. Dale palique, comunícate, interésate por ella.*

Hablo de un árbol injertado que tengo: unas ramas dan limones y otras naranjas. Aprovecho la ocasión para coger algunos limones de otro árbol. Se los pienso dar luego. Que buena idea. *Genial* - oigo a mi espalda, percibo algo de ironía.

En mi pequeño apartamento lo tengo todo a mano. O sea, no recojo nada. Una mujer viene una vez a la semana a limpiar y planchar. El resto, o sea sacar la perra a pasear, cocinar y fregar platos, lo hago yo.

Preparo el café, caliento un poco de leche y le pongo algunas galletas y dulces. Nana me observa con espíritu crítico: tiene aspecto de suboficial. Se me ocurre que nos sentemos en la terraza. Es una terraza estupenda, despejada, con vistas a una ladera de monte arbolada. Al estar orientada hacia el sur, nos protege del viento. La mesa esta estropeada del sol, pero no importa. Pongo un mantel. Le pido que se siente.

Una vez sentados me quedo mudo. Ella resuelve la situación con naturalidad, como si no estuviera incómoda.

¿Desde cuando Nana tiene la capacidad de hablar y razonar? ¿O la tiene desde siempre y no ha sido hasta hoy que la escuchas?

Nana mantiene un discreto silencio que aprecio. Explico a ambas que todo empezó ayer, cuando dos caracoles me hablaron. Le nombro a UsainBol y a Pedro. Le enseño la caja con los caracoles.

Pero ya no hablan. Ni me miran, ni parecen poder hablar. Quedo como un tonto.

Ana sonríe pero no duda de mis palabras. Me explica que el don de poder oír a los animales solo lo posee aquel de buen corazón. En ese momento Nana abre la boca pero yo le fulmino con la mirada: nada de comentarios. Me lee el pensamiento.

La expresión de mi cara debe ser una mezcla de incredulidad y cachondeo. Me sigue explicando sin inmutarse que esa capacidad está recogida en todas las religiones. Que si yo soy capaz de comunicar con los animales es porque la naturaleza ha visto algo en mí.

Yo sé lo que es: la naturaleza ha reconocido en el a un ¡bruto!

Ahora la que se cachondea es Ana, con discreción, pero es evidente que se entiende mejor con mi perra que conmigo. Y otra vez, soy un bruto.

Capítulo octavo: ¿Y ahora qué?

Es mediodía. Con el café todavía en el gaznate no sé muy bien que puedo ofrecer. La conversación va languideciendo.

Como siempre tengo un golpe de suerte: los caracoles empiezan a hacer ruido. Se puede escuchar un rumor de voces que procede la caja. La destapo con cuidado. Todavía tengo en mente la pesadilla.

UsainBol y Pedro están sudorosos, o al menos eso parece. Están llenos de baba, con mala cara incluso. Ana les saluda.

Dicen que cómo los he encerrado en la caja tantas horas, con una lechuga maloliente y blanduzca, sin luz ni casi aire. Ana me sugiere que los deje otra vez en el jardín. Para qué los quieres, me pregunta.

UsainBol asiente con su cabezón. Sus cuernecitos se bambolean de alegría. Vamos todos juntos al jardín, Nana encabeza el sequito, luego va Ana y luego yo con la caja. Aprovecho para mirar su trasero. En mitad de las escaleras se da la vuelta y yo pongo cara de tonto: *ten cuidado que las escaleras resbalan*, le digo, para disimular.

Soltamos a los caracoles donde los cogí. UsainBol me da las gracias diciendo:

Tío, eres un bruto. La muchacha, por algún milagro, parece interesada en ti. La naturaleza, y yo de eso se mucho, es un misterio. Tú en cambio solo le miras al culo.

Pedro, se sujeta en una hoja y se refugia en su casa.

Desaparecen, para siempre. Nunca más los volveré a ver pero van a cambiar mi vida.

Voy a aprovechar para despedirme. Espero volver a verte en la playa. Suelo ir casi todos los días.

Ana querida, seguro que nos volvemos a ver. Hasta pronto.

Ah! ¿Ya te vas?

Sí, tengo que hacer algunas compras y he quedado a almorzar. Seguro que nos volvemos a ver. Un beso.

Y después de un beso, se fue.

Me quedo en el jardín, pensando en los caracoles, en Nana y en Ana. Lo que me ha pasado en las últimas doce horas es una novela de ficción. Me siento y Nana se sienta a mi lado. *¿Qué opinas de Ana, Nana?*

Le miro pero ella parece no oírme y menos entenderme. Se mordisqueea la pata y se levanta. Se tumba en la hierba a un par de metros de mí, dando antes unas vueltas hasta encontrar la postura. Mi perra ya no habla ni me lee el pensamiento. ¿Cuándo volveré a ver a esta señora tan estupenda?

Capítulo noveno: Los limones

Mierda! Lo limones se han quedado en casa. Salgo corriendo, no atino a abrir la cancela, la medio arranco pero ya solo soy capaz de ver su coche girar a la izquierda.

Subo a casa con Nana. Recojo los cafés y me siento pensando en lo extraño que es todo esto. Nana, ni me mira. Estaría convencido de que todo ha sido una alucinación sino fuese por Ana. Aunque ya estoy en duda.

La tarde transcurre larga y aburrida. Si ayer me aburría la tele, hoy ni la entiendo. Salgo con Nana por la playa, pero no la veo.

Ceno los garbanzos de ayer, pero no me apetece ni vino. Me duermo, y sueño con limones.

Los tres días siguientes (estoy de vacaciones, es Semana Santa) voy a la playa desde las siete y pico hasta las diez. Pero nada. Nana protesta: dice que está harta de caminar.

Epilogo

Al cabo de varias semanas vuelvo a ver a UsainBol. Cerca de la verja de salida, lo veo pegado a la pared. Me sonrío. Está cachondo, dice que hoy va a ser un día especial. Me guiña un cuerno.

Otra vez voy caminando por el paseo con Nana. De repente sale como un rayo; a lo lejos creo verla. A pesar de mi vista cansada y borrosa, adivino su contorno. Estoy tan nervioso que podría echar a correr. Pero no, disimulo y me hago como el que no ha metido 3 horas diarias en la playa para volver a encontrarla.

Nana salta alrededor de ella. Yo haría lo mismo. En el fondo soy un bruto.

La sonrisa de Ana es brillante, te levanta el ánimo. Lo primero que le digo es: *te dejaste los limones. Ahora tenemos que ir a por más.*

Desde luego, contesta ella sin ningún atisbo de duda. Y nunca más la dejé de ver.

Las oportunidades no surgen habitualmente. De hecho, hay quien nunca la tiene. Además hay que estar preparado, atento. Con los ojos y mente abiertos. Hay que verla. A mí me ayudaron un caracol y una perra.

Cuando la oportunidad aparece, algo nos dice que es esa la buena. Eso lo notamos dentro, no debemos guiarnos por lo que otros digan.

Y una vez tomada la decisión hay que ir a por ella, tantas veces como haga falta. Hay que perseverar, o lo que es lo mismo, tuve que ir a la playa todos los días, sin descanso, hasta volver a encontrarla.